

EL GENERAL EN SU LABERINTO ¿UN ATAQUE A LA HISTORIA PATRIA?

Hans-Joachim König

*Universidad Católica de Eichstaett-Ingolstadt
Alemania*

Resumen:

Este artículo trata sobre las relaciones entre novela histórica e historiografía. La novela *El General en su Laberinto* de Gabriel García Márquez le permite al historiador König señalar las diferencias entre uno y otro género, indicar la crítica que dicha novela desarrolla contra la historia tradicional que mitifica los héroes, aunque ella misma se termine exaltando la figura del caudillo Bolívar. No obstante, el artículo muestra el enorme potencial que una novela, como *El General en su Laberinto* tiene para la renovación de la historiografía y la construcción de una visión renovada del pasado.

Palabras clave: Novela histórica, historiografía, héroes, crítica histórica.

Abstract:

This article deals with the relations between the historical novel and historiography. The novel *El General en su Laberinto* by Gabriel García Márquez allows the historian König to point out the differences between one gender and another, also to indicate the criticism that such a novel develops against the traditional history mitifying the heroes. Although it ends itself by enhancing the figure of the leader Bolivar. Nevertheless, the article shows the great potential that a novel such as *El General en su Laberinto* has for the renewal of the historiography and the construction of a renewed vision of the past.

Keywords: Historical novel, historiography, heroes, historical criticism.

I. La problemática

Muchos colombianos se indignaron, cuando en el año de 1989 salió a la luz el nuevo libro de Gabriel García Márquez: *El General en su Laberinto*. Recién publicado el libro, debido a un lenguaje a veces grosero, a supuestas inexactitudes del proceso histórico, al supuesto desmontaje del héroe Bolívar,

¹ Este texto es una versión ampliada de una conferencia impartida dentro del Coloquio de Historia, del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, el 19 de marzo de 2004.

• Recibido: 1 de junio de 2004, aprobado: 15 de julio de 2004.

no sólo provocó muchas polémicas sino también suscitó una nueva disputa entre los admiradores del venezolano Simón Bolívar y del colombiano Francisco de Paula Santander, el otro héroe nacional de Colombia, ambos importantes próceres de la independencia de Colombia.²

Fueron sobre todo miembros de la Academia Colombiana de Historia los que protestaron; personas que según la definición de uno de sus miembros se caracterizaron a sí mismos de “los caballeros andantes del patriotismo.”³ Uno de ellos fue el conocido historiador Germán Arciniegas, quien un año antes había publicado un libro sobre Bolívar: *Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta. Juventud y muerte del Libertador* (Bogotá 1988). Arciniegas en un artículo del periódico *El Tiempo* del 27 de marzo de 1989 reprochó a García Márquez haber formulado, por un lado unas reservas parciales en contra del neogranadino Santander, un defensor de la democracia y promotor de escuelas públicas y universidades, y por el otro lado elogios injustificables en pro del venezolano Bolívar, un dictador y militar cuya salida en 1830 se veía con algo de alivio porque significó “la esperanza de regreso a la democracia”. Arciniegas calificó el libro de García Márquez de literatura vengativa, de un intento de escribir otra historia a la venezolana:

Otra cosa es pensar que este adió granadino, respetuoso y melancólico, pueda considerarse merecedor de la literatura vengativa que anuncia García Márquez con la amenaza de una nueva Academia de Historia, academia suya para que se haga otra historia de Colombia, a la venezolana. [...]. En 1830, que es el año crucial, hay que poner en la balanza el libro de Santander en un platillo y en el otro el caballo del llanero. Claro que para García Márquez lo que pesa es el caballo. Yo, como cachaco, pienso lo contrario. Pero esto ya es cuestión de temperamento, y nada más.⁴

En otro artículo en *El Tiempo* del 30 de marzo de 1989, Arciniegas reprochó a García Márquez haber suprimido la última proclama de Bolívar a los Colombianos en la cual los exhortaba a guardar la unión, y hacerle expresar como última frase una palabrota:

² Cf. Salomón Kalmanovitz, “Otro académico desalmado”. En: *La Prensa*, Bogotá, 1 de abril de 1989, p. 15; y en: Juan Gustavo Cobo Borda (comp.), *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*. T. II. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995, pp. 285-289. Carlos Rincón, “El general sí tiene quien lo lea”. En: K. Kohut (ed.), *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*. Frankfurt, Madrid: Vervuert, 1994, pp. 84-106.

³ Hans-Joachim König, “Los caballeros andantes del patriotismo”. En: M. Riekenberg (comp.), *Latinoamérica. Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Buenos Aires: Alianza Editorial, Flacso, 1991, p. 148.

⁴ Germán Arciniegas, “Cruza la plaza, y se va” (1989). En: J. G. Cobo Borda (comp.), *Germán Arciniegas. Cuadernos de un estudiante americano*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 1994, p. 435.

De la misma manera García Márquez suprime la última proclama que comienza con la palabra clave de su vida pública, que él elude: Colombianos, y la campanada de orden: el llamado a la unión. Para el caso de la novela, tenía que ser de esta manera: ‘¡Carajos! ¡Como voy a salir de este laberinto!’ Y lo estiró en la cama.⁵

De hecho, en una entrevista en la revista *Semana* del 20 de marzo de 1989 García Márquez mismo había admitido: “La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo contra los que le hicieron a Bolívar lo que le hicieron”. A lo largo de este ensayo nos enteraremos de que con estas palabras García Márquez se refiere no sólo a la manera como los colombianos de aquel entonces, o mejor dicho los cachacos andinos se comportaron en contra del venezolano y caribeño, sino también de la manera como los historiadores colombianos y venezolanos, o la posteridad en general hicieron de Bolívar un héroe y un símbolo nacional de mármol y bronce, una figura monolítica y ejemplar, olvidando que también era una persona de carne y hueso, un hombre con contradicciones y miserias. Veremos que García Márquez en esta novela trata también la historia actual de su país y de América; que recrea en este texto su polémica relación con la historia de Colombia ya contada mediante figuras ficticias, dictadores ficticios como en *Cien años de soledad* (1967) o *El otoño del patriarca* (1975)⁶ y que por fin ajusta cuentas con la antigua ciudad virreinal, la ciudad taciturna y cubierta de brumas, la ciudad formalista y conservadora, cuyas ínfulas siempre lastimaron al costeño pobre que fue García Márquez cuando joven.⁷

Para poder contestar la pregunta principal de este ensayo, lo he dividido en cuatro párrafos: En el primer capítulo caracterizaré la historiografía colombiana y su manera de instrumentalizar la historia patria con el fin de formar y fomentar una conciencia nacional. Después esbozaré las diferencias entre historiografía y novela histórica, es decir describiré la manera diferente de mirar el pasado, y al mismo tiempo resumiré el contenido de la novela y el enfoque de García Márquez. En la tercera parte se expondrá qué imagen de Bolívar pinta García Márquez y como describe el fin de una vida y de una idea. En la cuarta parte me interesa preguntar por la intención de García Márquez,

⁵ *Ibid.*, p. 438.

⁶ Cf. G. Alfaro, *Constante de la Historia de Latinoamérica en García Márquez*. Cali: Biblioteca Banco Popular. Vol. 82., 1979.

⁷ Cf. Gabriel García Márquez, “Gabo cuenta la novela de su vida, reportaje concedido al periodista Germán Castro Caicedo (1974). Se publicó en *El Espectador* de Bogotá, durante los días comprendidos entre el 16 y 23 de marzo de 1977”. En: V. Pérez Silva (comp.), *La Autobiografía en la literatura colombiana*. Bogotá 1996: Presidencia de la República, Imprenta Nacional de Colombia, 703-737; Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*. Barcelona: Mondadori, 2002.

es decir analizar en qué manera el autor relaciona el pasado, el fracaso de una vida y de una idea, con el presente. Con todo esto quisiera demostrar en qué sentido García Márquez ha atacado la historia patria y decir algo sobre la relación entre historiografía y la (nueva) novela histórica.

II. La historiografía colombiana. Historia afirmativa y no crítica

Igual que en otras partes del mundo, también las élites dirigentes de Colombia han reconocido el papel que desempeña la Historia, la memoria histórica, para lograr una estabilidad de la sociedad. Desde la creación de su Estado hasta hoy en día han instrumentalizado la Historia, la conmemoración del pasado, en el proceso de la consolidación social y en la formación de una identidad nacional.

Hasta hace unas décadas las élites políticas, los historiadores oficiales –sobre todo de la Academia de Historia– entendían la Historia como un conjunto de ejemplos heroicos a los que hay que seguir.⁸ La Historia nacional o patria se convirtió en una Historia oficial, y sus representantes se ocupaban sobre todo de los problemas del poder estatal y las realizaciones gubernamentales. En rigor de verdad, a parte de los miembros de la historiografía oficial o tradicional no les interesaba convertir en realidad el principio de que el análisis del pasado necesita un enfoque amplio. Por el contrario, el tratamiento que el pasado recibe en sus trabajos, como resultado del énfasis que ponen en el estudio de las grandes personalidades, no representa más que un sólo aspecto del pasado: es decir la historia de las élites políticas y económicas. Estas podían ver en la historiografía tradicional la apología de sus antepasados y su propia vida social a partir de la independencia. Sin duda, la concepción histórica de estos autores está estrechamente relacionada con su situación social como miembros de la clase alta. La presentación personalista, heroica y moralizante de la historia lleva implícitamente una concepción elitista y paternalista de la sociedad, según la cual el liderazgo político solo puede ser ejercido por aquellos que ya pertenecen a la élite.

Cuando desde los años setenta/ochenta del siglo pasado empezaba una difusión más amplia de interpretaciones socioeconómicas de la historia patria y se cambiaban los textos escolares, estas modificaciones fueron rechazadas por parte de la historiografía oficial. En 1979, Roberto María Tisnés, miembro de la Academia Colombiana de Historia, calificó de marxistas y “no patrióti-

⁸ Cf. G. Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1987; Hans-Jöachim König, “Colombia: país político – país nacional. El problema de la conciencia histórica”. En: K. Kohut (ed.), *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*. Frankfurt, Madrid: Vervuert, 1994, pp. 47-66.

cas” a aquellas interpretaciones que abogaban por un enfoque socio-económico de la historia.⁹ Con palabras parecidas varios académicos criticaron el libro de textos *Nuestra historia* de Rodolfo Ramón de Roux, publicado a finales de 1984, acusando al manual de apoyar el comunismo por el hecho de describir la historia de Colombia con todos sus conflictos y contradicciones. Germán Arciniegas, el entonces presidente de la Academia Colombiana de Historia, escribió en 1985 en *El Tiempo* unas columnas polémicas. En el artículo “Historia a patadas” (31 de octubre) sostuvo de que se trataba de una “demolición de la historia en beneficio de los que sabemos”, y en otro artículo “La gallina Nicaragua” (14 de noviembre) acusó al manual de ridiculizar los héroes nacionales y los logros de la vida republicana. La controversia, el pro y contra, duraba más de tres años, y la crítica radical llegó a su apogeo, cuando en 1989, otro académico emitió su opinión de que los manuales incriminados dejarían “muy mal a España, y a sus hijos más directos, los criollos, en favor de mulatos e indios. [...] se inculca odio a los próceres, a los españoles, a los criollos y se exalta la fuerza aún por explotar (el imperio por venir) de los indios, negros y mulatos.”¹⁰

Al hacer una presentación moralizante del pasado –lo que tuvo repercusiones en las guías curriculares y en los libros de texto–, la historiografía oficial al igual que la enseñanza de la historia, difundían una visión ingenua de la historia.¹¹ A esta historiografía, por su mirada precientífica del pasado, se la puede caracterizar como tradicional. Sin duda, una historiografía tan parcial servía poco para que la población comprendiera, a través de ella, los problemas relativos a su desarrollo como sociedad. Por el contrario, tanto el patriotismo como la glorificación de los símbolos nacionales y de los héroes, servían para distraer a la población de los problemas existentes en la sociedad, la economía y la política y para canalizar las aspiraciones de los diversos sectores sociales en el proyecto político formulado por la clase dominante. Eran instrumentos útiles para inducir a la gente a aceptar el orden político y social de sociedades desintegradas, en vez de reflejarlo críticamente. Por supuesto, tampoco servían para explicar las condiciones históricas a que está sometida una sociedad así caracterizada, ni para presentar las sociedades como entidades abiertas al cambio. La historiografía tradicional no intentaba fomentar la

⁹ R. M. Tisnés, “Don Tomás Rueda Vargas (1879-1943)”. En: *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. 66, Nr. 727, 1979, p. 534.

¹⁰ Cit. en G. Colmenares, “La batalla de los manuales en Colombia”. En: M. Riekenberg (comp.), *Latinoamérica. Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Buenos Aires: Alianza Editorial, Flacso, 1991, p. 133.

¹¹ Cf. H.-J. König, “Geschichte im Prozeß der Nationbildung Kolumbiens”. En: *Internationale Schulbuchforschung*. Zeitschrift des Georg-Eckert-Instituts. 17. Jg, 1995, pp. 201-230

autonomía individual y su lealtad frente al Estado como acción consciente, sino más bien generar una aceptación pasiva de la nacionalidad y el sometimiento a la autoridad pública.

Este tipo de patriotismo, la alabanza de la clase alta o bien de los héroes del pasado no podía impulsar a las masas a desarrollar actividades por el bien de la sociedad. El hombre común escucha continua e invariablemente las hazañas de los héroes de la nación, dándose cuenta de que estos pocos fueron y siguen siendo los que toman las medidas decisivas, ¿acaso no tiene que inclinarse a subestimar sus propias posibilidades y las de los muchos conciudadanos? El historiador venezolano Germán Carrera Damas resume que precisamente el culto tradicional a Bolívar como paradigma impediría la creatividad política en Venezuela.¹² La historiografía oficial, en vez de explicar o ilustrar los antecedentes de los problemas contemporáneos, impedía tal análisis.

Sólo desde los años setenta y ochenta del siglo pasado se puede notar un cambio en la concepción de la Historia y en el enfoque de la enseñanza, cambio que sustituyó la glorificación del pasado por el tratamiento de problemas más estructurales de la historia. Es significativo que este nuevo enfoque se llama Nueva Historia y que surge al mismo tiempo como la nueva novela histórica.

III. Historiografía y novela histórica. La manera diferente de mirar el pasado

Precisamente la novela *El General en su Laberinto* nos demuestra que los académicos colombianos han confundido una obra maestra de la literatura con un discurso histórico, tal vez con un discurso inaugural de un académico al entrar en la Academia. Daba motivo para esta confusión el tratamiento de un personaje de la historia colombiana. Mientras que en sus otras novelas García Márquez presenta personas que son “transposiciones poéticas de la realidad”¹³, es decir que son una reconstrucción de toda la experiencia

¹²G. Carrera Damas, Germán, *Validación del Pasado*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1975, p. 129; Id. *El culto a Bolívar*. 3a. Edición. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987, pp. 212 ss. (1a. edición) Caracas: Instituto de Antropología e Historia de Universidad Central de Venezuela, 1969).

¹³Ernesto González Bermejo, “Ahora doscientos años de soledad”. En: La Habana: *Casa de las Américas*, 1970, p. 170. El mismo García Márquez en una conversación con Plinio Apuleyo Mendoza dice respecto de “sus” dictadores: “Mi intención fue siempre la de hacer una síntesis de todos los dictadores latinoamericanos, pero en especial del Caribe”, en Gabriel García Márquez, *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, El olor de la guayaba*, Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1982, p. 86. Cf. D. Janik, “La conciencia histórica en la novela colombiana”. En: M. Perl y W. Pöckl (eds.). *Todo el mundo es un escenario. Homenaje a Klaus Pörtl en ocasión de su 65 aniversario*. Frankfurt: Peter Lang, 2003, pp. 89 s.

histórica de un continente, en *El General en su laberinto* utiliza una persona histórica concreta, Simón Bolívar, nacido el 24 de julio de 1783 en Caracas y fallecido a los 47 años el 17 de diciembre de 1830. Fue Libertador de cinco naciones latinoamericanas, fundador de la Gran Colombia y presidente de esta república.

¿Ahora, cuáles son las diferencias entre Historia y novela histórica? Tanto la Historia como la novela histórica informan sobre acontecimientos del pasado. Tanto la Historia como la literatura se basan en la imaginación. Pero la imaginación histórica no es imaginación literaria.

La imaginación histórica consiste en la capacidad de plantearse problemas peculiares de esa disciplina y de construir modelos hipotéticos que orienten en el hallazgo de ciertas conexiones entre las partes de un tejido social. El historiador reconstruye una realidad de la que las fuentes dan cuenta sólo parcialmente. La riqueza de su construcción depende tanto de la complejidad y la justeza de sus modelos hipotéticos como de las posibilidades de su verificación. Ninguna narración de historia, ninguna representación del pasado puede reproducir el pasado en su totalidad. Eso tiene que ver con el material, que es la base de toda investigación y narración histórica y sobre la cual el historiador fundamenta su argumentación. Los testimonios de las acciones y pensamientos humanos, los restos y huellas del pasado, que testimonian fragmentariamente la realidad de ese pasado se convierten en “fuentes” del conocimiento histórico a través de las preguntas del historiador en relación con la información potencialmente contenida en los textos. Estos textos que informan sobre las acciones del hombre, no se expresan unívocamente y son a su vez la expresión de percepciones específicas. Los mismos documentos son construcciones lingüísticas y, por lo tanto, no más que meras imágenes de la realidad, representaciones más o menos verdaderas. El historiador analiza las decisiones de ciertos actores no sólo con base en la naturaleza biográfica y física de estos actores; sino que las investiga en el contexto histórico, es decir dentro de las posibilidades dadas o limitadas por las situaciones sociales y naturales. Debe escoger, diferenciar, entre lo importante y menos importante, determinar causas y sus efectos. También el historiador “narra” su historia, y por eso, como constata el historiador alemán Jörn Rüsen, con el criterio de la narratividad la ciencia histórica se redescubre como mera literatura.¹⁴ Pero no puede proceder arbitrariamente, sino que debe someterse a la veracidad científica, metódicamente obtenida y revisada de los hechos. A partir de ese momento pueden ser interpretados. Así, no hay

¹⁴ Véase J. Rüsen, “Wie kann man Geschichte vernünftig schreiben? Über das Verhältnis von Narrativität und Theoriegebrauch in der Geschichtswissenschaft.” En: J. Kocka, Th. Nipperdey (eds.), *Theorie und Erzählung in der Geschichte*. München: DTV, 1979, p. 311.

una interpretación y percepción del pasado común a todos o una concepción “conveniente” o verdadera sino que siempre abundan distintas explicaciones de hechos pasados. Hay varias lecturas o escrituras de lo histórico, pero siempre basadas en los testimonios del pasado.

Comparado con este acto controlado, la magia de la literatura consiste en que se trata de un acto de creación pura que sólo reposa en el lenguaje. “El texto de ficción literaria se debe a la invención, al embaucamiento, y su ley consiste en tramar al lector de modo que le haga creer como cierto lo que apenas es producto de su imaginación”.¹⁵ El novelista no tiene porqué apoyarse, como el historiador, en fuentes, sino que es perfectamente libre de construir un mundo cuya realidad y cuya coherencia no dependen de su habilidad para copiar el mundo externo sino de ciertas convenciones básicas de su oficio. Al novelista y al poeta les basta la materialidad de las palabras y no tienen porqué recibir una caución de lo real. Y con el texto de ficción, con la novela histórica, no falsean la verdad en el sentido de sustituir los hechos “verdaderos” por otros que contradicen los primeros, no reemplazan los hechos históricos auténticos por otros, pero sí permiten al lector otro tipo de reflexión metahistórica, es decir apropiarse de los hechos y personajes históricos para poder ir más allá hacia aspectos universales, como por ejemplo la muerte, la gloria, la soledad, el poder, la desesperanza.

Precisamente la novela *El General en su Laberinto* nos muestra claramente las diferencias. Al final de la novela, en las *Gratitudes*, García Márquez revela que él también se basó en fuentes.¹⁶ De la misma manera como un historiador profesional indica el material que le servía para su interpretación. Sin duda alguna García Márquez se familiarizó con la historia de la Independencia a principios del siglo XIX y de uno de sus más importantes protagonistas:

“Durante dos años largos me fui hundiendo en las arenas movedizas de una documentación torrencial, contradictoria y muchas veces incierta, desde los treinta y cuatro tomos de Daniel Florencio O’Leary hasta los recortes de periódicos menos pensados”.¹⁷

Además discutía con historiadores sobre la época de la emancipación, con especialistas de la historia de Bolívar como por ejemplo el colombiano Gustavo Vargas Martínez, el cubano Francisco Pividal, autor del libro *Bolívar*

¹⁵ F. Cruz Kronfly, “Ficción y novela histórica”. En: K. Kohut (ed.), *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*. Frankfurt, Madrid: Vervuert, 1994, p. 68.

¹⁶ Se usa la edición Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*. Madrid: Mondadori, 1989, aquí pp. 271 ss.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 272.

– *pensamiento precursor del antiimperialismo*, premiado en 1977 con el Premio Casa del las Américas, o el boliviano Vinicio Romero Martínez, pero no con historiadores oficiales de la Academia. Sin embargo y a pesar de fechas correctas y conexiones correctas García Márquez no escribe una historia sobre Bolívar, ni una biografía ejemplar, sino un texto de ficción, como son las novelas anteriores.¹⁸ Y hay muchos indicios, frases y sitios que traen a la memoria escenas o títulos o tiempos de las narraciones anteriores, intertextualidades que establecen vínculos entre el texto de *El general* y las novelas anteriores.¹⁹

En su novela, cuya trama tomó del cuento “El último rostro” (1978) de Álvaro Mutis, García Márquez cuenta los últimos meses de un hombre muy enfermo, de un general que ha luchado más de veinte años por la independencia de cinco repúblicas –Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia–, de un ex-presidente, que si bien renuncia a la presidencia de la Gran Colombia, en el fondo quiere ser implorado de seguir en el cargo, porque es un hombre enfermo de falta de poder. Narra los últimos días y las reflexiones de un hombre que antes de morir hace el balance de su vida: medita sobre el poder y la política y se da cuenta de que fracasó su gran idea de construir un Estado de Colombia unificado y aun una Iberoamérica unida y fuerte. En cierto sentido García Márquez cuenta reflexiones que son de validez universal e intemporal: el enfrentamiento de un héroe de novela con la inminencia de su muerte. Es muy significativo que el protagonista es simplemente “el general”. Sólo una vez, García Márquez utiliza el nombre completo del protagonista. Al final de la “primera parte” o de la “introducción” de la novela, que en cierto sentido resume los antecedentes de la temática propia, describe que se trata de un último viaje y quien lo hace:

“Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran. El único que tuvo bastante lucidez para saber que en realidad se iba, y para dónde se iba, fue el diplomático inglés que escribió en un informe oficial a su gobierno: “El tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba”.²⁰

¹⁸ Para comprobar que *El General en su laberinto* es un texto de ficción, me remito al ensayo de C. Rincón, “El general sí tiene quien lo lea”, ver nota 1.

¹⁹ Cf. la reseña M. Palencia-Roth, “García Márquez y los últimos Bolívars de la Gran Colombia”. En *Boletín Cultural y Bibliográfico* 22, 1990, p. 124.

²⁰ García Márquez, *El general en su laberinto*, p. 44

García Márquez no escribe la vida entera de Bolívar, sino un pasaje de ella, el final, los poco más de ocho meses de peregrinaje, del 8 de mayo de 1830 cuando Bolívar salió de Bogotá, por Guaduas y por los pueblos ribereños del Magdalena, Honda, Mompós, vía Cartagena y Santa Marta hasta la Hacienda San Pedro Alejandrino, donde murió el 17 de diciembre de 1830. Bolívar tuvo que salir de Bogotá, la capital de Gran Colombia, porque debido a su política anterior las élites políticas de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela ya no querían tolerarle más. Poco tiempo antes, en agosto del año 1828, Bolívar había erigido una dictadura temporal, por la cual quedó eliminado de la vicepresidencia de la Gran Colombia su antiguo rival, el neogranadino Francisco de Paula Santander. Los separatistas en las tres partes de la nación artificial, que era la construcción de la Gran Colombia de 1819, tomaban a Bolívar por el único obstáculo que podía impedir la disolución definitiva de Gran Colombia y así poner en peligro los intereses regionales o particulares. Los esfuerzos por movilizar a los habitantes y crear una solidaridad entre los diferentes partes no surtieron gran efecto. Las élites políticas de la Nueva Granada, de Venezuela y del Ecuador se habían unido por la necesidad de poder hacer frente a la amenaza común externa, la reconquista española. Pero cuando la amenaza externa desaparecía, las rivalidades regionales originales resurgieron en forma de nacionalismos a nivel menor.²¹ Además parecía que debido a su mala salud, padecía de tisis, Bolívar no podía hacer frente a las cargas de la presidencia.

García Márquez había elegido ese pasaje de la vida de Bolívar conscientemente, pues, esos meses hacían coincidir el ocaso de la actuación política con la decadencia física de un cuerpo enfermo. Además, como dice en el epílogo, esa parte de la vida de Bolívar es la menos documentada, “sólo escribió entonces tres o cuatro cartas [...] y ninguno de sus acompañantes dejó memoria escrita de aquellos catorce días desventurados”.²² Así que García Márquez tenía campo libre para su imaginación. Y muy hábilmente aplica la conocida asociación metafórica entre el viaje por el río y el viaje por el tiempo hacia la muerte. En total describe un viaje en tres niveles: un viaje al pasado a través de los recuerdos del protagonista, un viaje en paralelo sobre el río y hacia la muerte²³ y un viaje del autor mismo y de la Historia hacia el presente a través de la escritura, basado en su experiencia personal con el río Magdalena, como lo describe en el epílogo:

²¹ Cf. H.-J. König, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750–1856*, Bogotá: Banco de la República, 1994, pp. 392, ss.

²² García Márquez, *El general en su laberinto*, p. 271.

²³ *Ibid.*, p. 33 s.

“Más que las glorias del personaje me interesaban entonces el río Magdalena, que empecé a conocer de niño, viajando desde la costa Caribe, donde tuve la buena suerte de nacer, hasta la ciudad de Bogotá, lejana y turbia, donde me sentí más forastero que en ninguna otra desde la primera vez. En mis años de estudiante lo recorrí once veces en sus dos sentidos, en aquellos buques de vapor que salían de los astilleros del Misisipí condenados a la nostalgia, y con una vocación mítica que ningún escritor podría resistir”.²⁴

A lo largo de ese último viaje Bolívar recuerda tiempos anteriores y sucesos históricos. Lo hace mediante reflexiones o sueños nocturnos. También su ayuda de cámara José Palacios relata sucesos pasados, así que el lector puede aprender mucho sobre la historia de aquel entonces. Pero esa información no es la intención central de García Márquez.

IV. El Bolívar de García Márquez

En este viaje por el río Magdalena que es un viaje para siempre, podemos participar en las reflexiones y sueños de Bolívar, en los continuos diálogos consigo mismo. Muchas cosas quedan misteriosas e impenetrables, lo que expresa el fiel servidor José Palacios con la frase muchas veces repetida: “Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe.”²⁵ Sin embargo, debido a la imaginación del autor aprendemos cosas nuevas sobre el General, mientras recorre su itinerario por el río Magdalena abajo, para ir a morir en Santa Marta.

En tal viaje García Márquez “desmarmoriza” el perfil romano de las estatuas de Bolívar o los retratos heroicos; baja a Bolívar de su pedestal y nos lo ofrece, reducido y por ello mismo mucho más grande en la humana dimensión de sus 1.65 metros.²⁶ Surge un hombre al cual la vida le había enseñado las veleidades del poder y la inutilidad de la gloria; un Bolívar desconfiado, desilusionado, manipulador, arbitrario, rencoroso ante los agravios, estreñido de vientre, agresivo y mal perdedor en el juego de la ropilla, y admirador de los ingleses. Un Bolívar seductor, bailarín infatigable, hipersensible a los olores, idealista y exaltado, dado a supersticiones, con una debilidad por la medicina popular y los platillos de la región, y muy quisquilloso ante las opiniones ajenas; convencido, además de que en Colombia nadie lo quería y que en Caracas ya nadie lo obedecía.

El Bolívar de García Márquez que se nos muestra con todas sus contradicciones y miserias es un común mortal, una creíble figura humana con

²⁴ *Ibid.*, p. 271.

²⁵ *Ibid.*, p. 22.

²⁶ *Ibid.*, p. 146.

angustias, ya presionada por la cercanía de la muerte, un personaje que para que olvide su realidad y su estado físico se burla de sí mismo, como lo muestra la anécdota de un perro abandonado que Bolívar recogió en el camino y que no tenía nombre:

“Nadie volvió a acordarse del perro que habían recogido en la vereda, y que andaba por ahí, restableciéndose de sus mataduras, hasta que el ordenanza encargado de la comida cayó en la cuenta de que no tenía nombre. Lo habían bañado con ácido fénico, lo perfumaron con polvos de recién nacido, pero ni aún así consiguieron aliviarle la catadura perdularia y la peste de sarna. El general estaba tomando el fresco en la proa cuando José Palacios se lo llevó a rastras. ‘Que nombre le ponemos’, le preguntó. El general no lo pensó siquiera. ‘Bolívar’, dijo”.²⁷

Parece que García Márquez le hace hablar a Bolívar en un lenguaje irónico, tejido con expresiones populares, que le facilita soportar una realidad política y social que no le permite entrever salidas más dignas a su condición de vida. Podemos notar un nuevo discurso que se presta a Bolívar, una nueva manera de hacerlo hablar y evaluar el resultado de su obra. Es tal vez este lenguaje irónico que los académicos no entendieron: cuando el general Carreño quería convencer a Bolívar de que era oportuno ponerse al frente de un movimiento armado en favor de la integridad y de la patria Venezuela, García Márquez hace hablar a Bolívar: “No seas pendejo”, dijo el general, “Para nosotros la patria es América, y toda está igual: sin remedio”.²⁸

Hay otros ejemplos que precisamente ironizan y hasta ridiculizan algunas de las palabras mas sagradas de aquel entonces, es decir las nociones patria y libertad. En una noche de insomnio, José Palacios escucha gritar a Bolívar: “¡Putra patria!”²⁹ Eso sí es otro lenguaje que el de la última proclama a los colombianos, del 10 de diciembre de 1830, mencionada en los libros de texto y el artículo de Arciniegas en contra de García Márquez: “¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.”³⁰ También se ironiza el ideal de la independencia misma, es decir la libertad, en el contexto de la unidad continental. En una conversación con el mariscal Sucre, la víspera de la instalación del nuevo Congreso Constituyente que debía elegir al Presidente de la República y aprobar una nueva constitución, Bolívar

²⁷ *Ibid.*, p. 107.

²⁸ *Ibid.*, p. 172.

²⁹ *Ibid.*, p. 198.

³⁰ Ver notas 3 y 4.

hace un relato detallado de la situación política del país y los dos comentan el comportamiento de los políticos, los antiguos generales de la independencia:

“En breves días había de reunirse el congreso constituyente para elegir al presidente de la república y aprobar una nueva constitución, en una tentativa tardía de salvar el sueño dorado de la integridad continental. El Perú, en poder de una aristocracia regresiva, parecía irrecuperable. El general Andrés de Santa Cruz se llevaba a Bolivia de cabestro por un rumbo propio. Venezuela, bajo el imperio del general José Antonio Páez, acababa de proclamar su autonomía. El general Juan José Flores, prefecto general del sur, había unido a Guayaquil y Quito para crear la república independiente del Ecuador. La república de Colombia, primer embrión de una patria inmensa y unánime, estaba reducida al antiguo virreinato de la Nueva Granada. Dieciséis millones de americanos iniciados apenas en la vida libre quedaban al albedrío de sus caudillos locales”. “En suma”, concluyó el general, “todo lo que hemos hecho con las manos, lo están desbaratando los otros con los pies”.

“Es una burla del destino”, dijo el mariscal Sucre. “Tal parece como si hubiéramos sembrado tan hondo el ideal de independencia, que estos pueblos están tratando ahora de independizarse los unos de los otros”.

El general reaccionó con una gran vivacidad.

“No repita las canalladas del enemigo”, dijo, “aun si son tan certeras como esa”.³¹

Esa conclusión de Bolívar, es de alguna manera, la interpretación que el narrador, es decir García Márquez, propone a sus lectores. Una nueva lectura de la Historia tendiente a hacer evidente la situación de una sociedad manipulada y dividida por intereses individuales y egoistas.

V. El fracaso político de Bolívar y la actualidad

De unos pasajes del texto ya se sabe, que García Márquez no sólo se interesa por el fracaso físico y político de Bolívar, sino que también quiere subrayar la continuidad de este fracaso, es decir la no-realización de los fines del proceso emancipador ni en aquel entonces, ni en el presente en que vive él mismo. Y tiene razón: antiguas colonias sí consiguieron cierta soberanía política, pero los nuevos estados soberanos no lograron a realizar reformas sociales. García Márquez y Bolívar hacen responsables de la no-realización a intereses particulares de regiones y grupos individuales. En el caso de Colombia lo imputan a los bogotanos de la ciudad fría, taciturna y cubierta de

³¹ García Márquez, *El general en su laberinto*, p. 25 s.

brumas donde García Márquez y Bolívar se sentían forasteros, y a los criollos andinos, los cachacos, viciosos en el hablar y cómplices de Santander, quien nunca pudo asimilar la idea de la unidad continental y obró en contra de la integración.³² Aquí se perciben las viejas fobias del caribeño contra los cachacos bogotanos, contra la predominación de lo andino, de la cual habla García Márquez en muchas de sus obras y nuevamente en su autobiografía: Cuando García Márquez menciona la pérdida de Panamá en 1903 se atreve a decir que sin la amputación forzosa Colombia hubiera continuado siendo un país caribeño y tomado un desarrollo más favorable que bajo la prevalencia de lo andino.

“Colombia fue desde siempre un país de identidad caribe abierto al mundo por el cordón umbilical de Panamá. La amputación forzosa nos condenó a ser lo que hoy somos: un país de mentalidad andina con las condiciones propicias para que el canal entre los dos océanos no fuera nuestro sino de los Estados Unidos.”³³

García Márquez se equivoca, me parece a mí, cuando hace culpable a ciertas personas por la fragmentación de América. Pues en el momento de la Independencia no existía una unidad u homogeneidad. Al contrario, el espacio del antiguo imperio español tenía distintas estructuras administrativas, sociales y económicas, tenía diferentes condiciones y medios geográficos naturales; difería mucho la densidad de la población, y los grupos y mezclas de sus habitantes fueron muy variados. No había una identidad nacional y aun menos una identidad supraregional, pero sí identificaciones con espacios más pequeños, las patrias chicas. Y precisamente la disputa caribe-cachaco de García Márquez/Bolívar muestra la fortaleza de las identidades regionales frente a la debilidad de una identidad nacional o supranacional. Cuando García Márquez valora el fracaso político de Bolívar respecto de una América unida y fuerte como gran oportunidad perdida, pasa por alto la situación histórica de aquel entonces. Tiene razón en el sentido de que el sueño, el proyecto político no realizado de la integración es la gran obra y el legado de Bolívar porque con la integración política y económica los países de América Latina tendrían más fuerza para enfrentar la preponderancia de los Estados Unidos y de Europa.

García Márquez como activista político del presente y simpatizante de Fidel Castro denuncia tanto la realidad latinoamericana de la violencia como las condiciones internacionales que influyen en el proceso histórico de los estados latinoamericanos: la política exterior de los Estados Unidos, es decir su

³² *Ibid.*, pp.125, 150, 194.

³³ García Márquez, *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma, 2002, p. 538.

imperialismo, y la incomprensión europea, es decir la autovaloración de Europa como modelo, ya mencionada en 1982, en el discurso de aceptación del premio Nobel. Por poco uno tiene la impresión de que el protagonista de la novela habla en vez de García Márquez. Incluso, el autor mismo, es decir García Márquez, se incorpora al nivel de los acontecimientos. Después de relatar brevemente el golpe de estado del general Urdaneta, el narrador–autor y omnisciente comenta: “Era el primer golpe de estado en la república de Colombia, y la primera de las cuarenta y nueve guerras civiles que *habíamos* de sufrir en lo que faltaba del siglo.”³⁴ Mediante esta incorporación el narrador–autor remite al lector no sólo a la cantidad de guerras civiles del siglo XIX, sino también a la realidad latinoamericana vivida por los lectores del siglo XX.

Las denuncias se notan claramente en aquellos pasajes del texto en que García Márquez le hace rechazar a Bolívar la incomprensión europea acerca de la otredad latinoamericana y la política exterior norteamericana y valorarlas como obstáculos responsables porque en América Latina no hay un desarrollo independiente. En una escena cuando durante un almuerzo un francés quien asistió a este evento menciona la inestabilidad política causada por las guerras civiles, Bolívar relativiza este reproche evocando las matanzas horribles de la historia europea:

“Hoy, en circunstancias iguales, no me temblaría la voz para volver a darla (la orden de ejecutar a ochocientos prisioneros españoles), y los europeos no tendrían autoridad moral para reprocharme, pues si una historia está anegada de sangre, de indignidades, de injusticias, ésa es la historia de Europa”.

[...] “El general evocó las matanzas horribles de la historia europea. La Noche de San Bartolomé el número de muertos pasó de dos mil en diez horas. En el esplendor del Renacimiento doce mil mercenarios a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma y pasaron con su cuchillo a ocho mil de sus habitantes. Y la apoteosis: Iván IV, el zar de todas las Rusias, bien llamado El Terrible, exterminó a toda la población de las ciudades intermedias entre Moscu y Novgorod, y en ésta hizo matar en un sólo asalto a sus veinte mil habitantes, por la simple sospecha de que había una conjura contra él.”
‘Así que no nos *hagan* más el favor de decirnos lo que debemos hacer’, concluyó. ‘No *traten* de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a Ustedes, no *pretendan* que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil.’”

³⁴ García Márquez, *El general en su laberinto*, p. 203; la cursiva del verbo modal es mía. Debo los datos lingüísticos a Brigitte König, cf. Su ensayo B. König, “El discurso de la utopía: tensiones entre ficción e historiografías en las nuevas novelas históricas latinoamericanas”. En: S.M. Steckbauer (ed), *La Novela latinoamericana entre historia y utopía*. Mesa Redonda, Neue Folge No. 13. Eichstätt: 1999, p. 84.

Cruzó los cubiertos sobre el plato, y por primera vez fijó en el francés sus ojos en llamas:

“¡Por favor, carajos, *déjennos* hacer tranquilos nuestra Edad Media!”.³⁵

Aun cuando Bolívar se dirige al francés como individuo, es evidente que el autor, al hacer emplear a Bolívar la tercera persona plural en los verbos, se dirige a los europeos en general, denunciando la actual política hegemónica de Europa frente a América Latina.

La política hegemónica y monopolista de los Estados Unidos está descrita de una manera muy sutil: en el viaje por el Magdalena el grupo de Bolívar cruza con uno de los nuevos buques a vapor. El encuentro da la posibilidad de contar los inicios de la navegación a vapor y los esfuerzos del comodoro alemán Juan B. Elbers conseguir un privilegio exclusivo que el general Santander se lo concedió sin condiciones cuando estaba encargado de la presidencia. Bolívar estuvo en contra de este privilegio. Por eso, nos cuenta el narrador omnisciente, García Márquez: “Dos años después, investido con poderes absolutos por el congreso nacional, el general desbarató el acuerdo con una de sus frases proféticas: ‘Si les dejamos el monopolio a los alemanes terminarán traspasandolo a los Estados Unidos’”.³⁶ Y en otra escena advierte a su edecan de México, José Iturbide, de no irse jamás a los EEUU: “Ni tampoco se vaya con su familia para los Estados Unidos, que son omnipotentes y terribles, y con el cuento de la libertad terminarán por plagarnos a todos de miserias.”³⁷ Aquí García Márquez cita casi palabra por palabra un pasaje de una carta que Bolívar escribió al Encargado de Negocios inglés, coronel Patricio Campbel, 5 de agosto de 1829: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a América de miserias a nombre de la libertad”.

En general, el lector se da cuenta que el narrador/autor es omnisciente porque conoce los resultados de los actos de sus figuras. Eso se puede ver en muchos pasajes del texto, cuando sale del tiempo narrado y describe sucesos venideros.³⁸ Un ejemplo muy significativo es el caso de la deuda externa y sus efectos negativos, que le dan a García Márquez la posibilidad de no sólo criticar actos de Santander, sino también, de parecida manera como en *El otoño del patriarca*, atacar la estructura socio-económica de los países latinoamericanos y mostrar los mecanismos económicos que han causado la pobreza en América Latina:

³⁵ *Ibid.*, p. 131 s; la cursiva es mía.

³⁶ *Ibid.*, p.91 s.

³⁷ *Ibid.*, p. 227.

³⁸ Véase *Ibid.*, p. 124 (Santander en Europa, 1831), p. 228 (Maximiliano de Habsburgo adoptó a Iturbide, 1865), p. 253 (Guerras en Venezuela, 1835).

“Aclaró [el general] que en todo caso él no se había opuesto a los empréstitos por el riesgo de la corrupción, sino porque previó a tiempo que amenazaban la independencia que tanta sangre había costado.”

“Aborrezco a las deudas más que a los españoles”, dijo. “Por eso le advertí a Santander que lo bueno que hiciéramos por la nación no serviría de nada si aceptábamos la deuda, porque seguiríamos pagando réditos por los siglos de los siglos. Ahora lo vemos claro: la deuda terminará derrotándonos”.³⁹

Es evidente que García Márquez instrumentaliza el pasado para denunciar la situación actual. Se puede decir que en la novela *El general en su Laberinto* “el narrador le cede paso al autor.”⁴⁰

VI. A manera de conclusión

Para resumir: en su novela sobre la figura histórica de Bolívar el autor García Márquez trata una temática universal e intemporal, pero al mismo tiempo ofrece, mediante un lenguaje a veces grosero y la desacralización o humanización del héroe Bolívar, una nueva lectura de la historia patria, una nueva lectura de la Historia que tiende a hacer evidente la situación de una sociedad manipulada y dividida por intereses individuales y egoístas. Es una manera de recordar a las lectoras y lectores latinoamericanos contemporáneos que esta situación sigue siendo la misma, que no ha evolucionado desde la independencia. En este sentido la novela histórica *El General en su Laberinto* escrita con empatía y parcial inclinación en pro de lo caribeño ha sido un ataque a la historia patria calificada de inventario de héroes e instrumento de patriotismo, a pesar de que no desmitificó una de las personas más importantes de los “mitos fundadores” de la historia de América Latina. Proporcionó con su creación literaria una versión de la figura mítica de Bolívar posiblemente más cercana a la realidad. No parece casual que la publicación de este libro fuera acompañada del surgimiento de la Nueva Historia en Colombia, es decir de una nueva concepción de las funciones de la Historia.

³⁹ *Ibíd.*, p. 224., Cf. García Márquez, *El otoño del patriarca*, Bogotá, 1975, p. 224: “...que estamos en los puros cueros mi general, habíamos agotado nuestros últimos recursos, desangrados por la necesidad secular de aceptar empréstitos para pagar los servicios de la deuda externa desde las guerras de independencia y luego otros empréstitos para pagar los intereses de los servicios atrasados, siempre a cambio de algo mi general, primero el monopolio de la quina y el tabaco para los ingleses, después el monopolio del caucho y el cacao para los holandeses, después la concesión del ferrocarril de los páramos y la navegación fluvial para los alemanes, y todo para los gringos”.

⁴⁰ Así lo valora Brigitte König en su ensayo “El discurso de la utopía: tensiones entre ficción e historiografía en las nuevas novelas históricas latinoamericanas”, *op. cit.* p. 85.

Una novela histórica tal como es *El General en su Laberinto* no debe y no puede reemplazar una historia crítica y bien documentada, porque no tiene en cuenta las circunstancias de la época y las posibilidades históricas que los actores de aquel entonces tenían que enfrentar. Pero sirve para representar algo como un contra–discurso contra la versión oficial afirmadora de la historiografía y las mitificaciones históricas. Abre a las lectoras y lectores un acceso nuevo al pasado, expone rasgos de una realidad que el historiador, ante el peso de su material y su ciencia, no podrá atreverse a formular pero que sin embargo suministran una imagen más completa del pasado y abren los ojos para lo presente.

Mis actividades de investigación y enseñanza me han hecho reconocer que la historiografía crítica y la (nueva) novela histórica en América Latina se complementan recíprocamente.